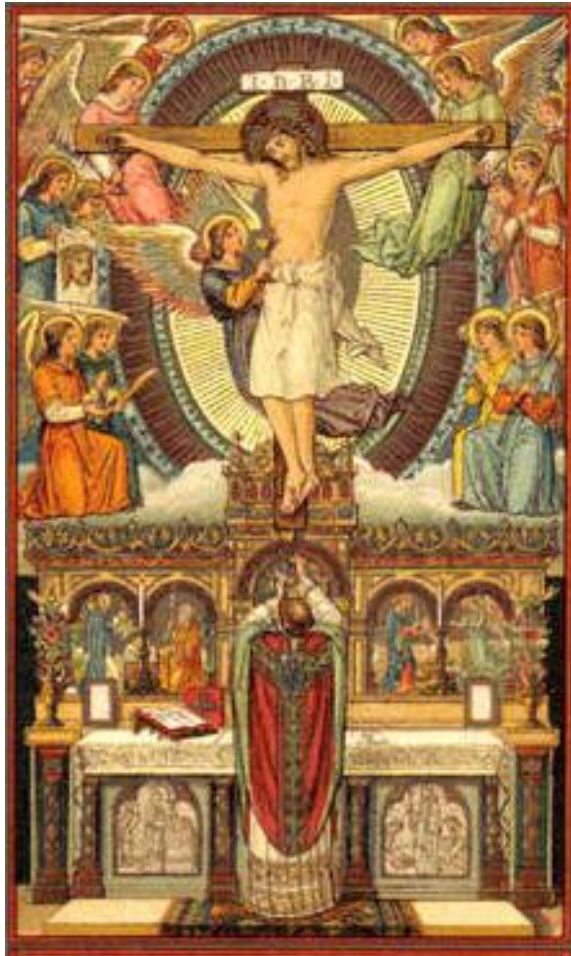


SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS...

Breve explicación del santo sacrificio de la Misa



P. Carlos Covián

SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS... Sí, el don de Dios. El don de Dios en su Hijo Jesucristo a través de la Santísima Virgen corredentora. ¡Si lo conocieras de verdad, de verdad! Me dirás que ya sabes de lo que voy a hablarte, que posiblemente no te diré nada nuevo. Pero si me lees detenidamente a lo mejor descubres que no lo sabías todo de este don, quizá no sabes verdaderamente su grandeza.

Sí, la grandeza del don de Dios, en su Hijo Jesucristo, sólo puede atisbarse con los sentidos espirituales. ¿Cómo tienes de desarrollados estos sentidos? Porque si no los ejercitas difícilmente podrás conocer el don de Dios. No son suficientes los sentidos corporales porque pueden engañar, es más pueden limitarnos el conocimiento de este don de Dios.

Este don es obra de un Dios Todopoderoso e infinitamente Sabio, y por tanto está fuera del alcance de la pura ciencia humana con sus métodos científicos, ¡pobres métodos científicos! También es obra de un Dios infinitamente Bueno, de Amor infinito, por lo que este don escapa a la pobre lógica humana, al limitadísimo amor humano.

Para poder penetrar este don de Dios, querido amigo, haz de intentar elevarte sobre tu pobre naturaleza humana, soltar las amarras que te sujetan a lógica de los sentidos para penetrar en la lógica de lo sobrenatural, de lo que está sobre tu naturaleza.

Para empezar a asombrarte de este don y para que este don empiece su obra en ti, has de empezar por reconocer tu nada y el Todo de Dios. Pero si guardas resquicios de soberbia y autosuficiencia en tu corazón ten la seguridad que el don de Dios pasará de largo sin que puedas atraparlo y gozar de sus inimaginables beneficios. Dios no admite condiciones. No le tienes. Reconoce tu nada y estarás en disposición de empezar a conocer, aunque tímidamente, por ahora y mientras Dios no disponga otra cosa, su gran don.

UNIVERSALIDAD DEL SACRIFICIO



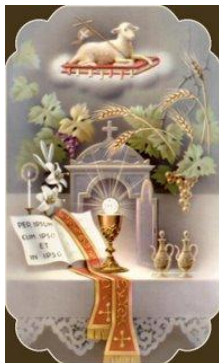
Dondequiera que haya hombres, hay sacrificio. En el sacrificio se consagra el hombre a Dios. En toda la antigüedad pagana y judía, en el centro de la actividad religiosa aparecía el sacrificio como el acto supremo de culto. Consistía en la ofrenda y destrucción de una víctima en honor de la divinidad.

La Sagrada Escritura nos revela la centralidad del sacrificio en la vida de los Patriarcas y del Pueblo de Dios. En Gn. 4, 3: *Al cabo de un tiempo Caín ofreció al Señor frutos del campo, y Abel, por su parte, los primogénitos y la grasa de su ganado.* Después del diluvio, Noé construyó un altar para ofrecer un sacrificio al Señor. *Entonces construyó Noé un altar al Señor y, escogiendo entre todos los ganados puros y de todas las aves puras ofreció holocaustos sobre el altar* (Gn. 8,20).

A partir de la vocación de Abraham cada promesa divina se ratificaba con un sacrificio. *Desde allí pasó a la montaña al oriente de Betel, donde plantó la tienda, entre Betel a occidente y Ay a oriente; y construyó allí un altar al Señor e invocó el nombre del Señor* (Gn. 12,8). *Entonces Abrán levantó la tienda y fue a establecerse junto a la encina de Mambré que está en Hebrón, y allí construyó un altar al Señor* (Gn. 13,18). En Gn. 7, 21 aparece el rito de alianza que Dios hace con Abrahán, representado por la antorcha de fuego que pasa entre las mitades ensangrentadas de las víctimas, rubricando de este modo la promesa.

La prueba suprema de Abraham, al consentir la inmolación de Isaac como víctima de holocausto, provocan de parte de Dios las más encendidas promesas (Gn. 22,1-18). El sacrificio del cordero pascual que libró a los primogénitos del pueblo de Israel, (Ex. 12). En fin, en el desierto, a los pies del Sinaí, Moisés consagra la Alianza por la sangre de los holocaustos y de las víctimas pacíficas. El Pueblo de Dios existe por el sacrificio, (Ex. 24, 4-14).

Moisés dará a su pueblo toda una serie de prescripciones rituales que regularán de forma minuciosa los sacrificios, y que serán el alma y la vida el pueblo de Israel. Recordemos solamente los cuatro sacrificios sangrientos. El primero es el *holocausto* (Lev. 1-17), donde la víctima se quemaba por completo, reconociéndose de esta forma la soberanía y el dominio absoluto de Dios. El segundo es el sacrificio de *comunión o pacífico*, que se ofrecía en cumplimiento de un voto o de acción de gracias, por esta razón se llaman también eucarísticos. Sólo ciertas partes de las víctimas eran ofrecidas por los sacerdotes en el altar, el resto del animal que no se quemaba se repartía entre el sacerdote y los oferentes que tenían que comerlos en un lugar sagrado (Lev. 3, 1-25). Los capítulos 4 y 5 del Levítico hacen referencia a los sacrificios que han de ofrecer por sus pecados los sacerdotes, la comunidad en su conjunto, los jefes y el pueblo llano. Estos sacrificios, a diferencia de los anteriores que suponían un reconocimiento a la soberanía de Dios, insisten en la idea de *reparación y de expiación*. Por último, los sacrificios ofrecidos en reparación por algunas trasgresiones de la Ley (Lev. 5,14-19).



ECCE VENIO. Aquí vengo.

Los holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Aquí vengo (Heb.10, 7).

Al leer los relatos sobre la celebración de la Antigua alianza nos damos cuenta inmediatamente que la Nueva se ajustó a este modelo. La sangre del cordero sacrificado se halla en el cáliz. El nuevo pueblo no es rociado con la sangre, sino que la toma de bebida.

Toda la vida de Nuestro Señor estuvo orientada al Altar de la Cruz. Así es, Jesucristo, al entrar en el mundo inició el gran sacrificio que debía rescatarnos del pecado, diciendo desde el primer momento de la encarnación: los holocaustos y sacrificios por el pecado ya no satisfacían a tu justicia, Padre mío. Entonces he dicho: Aquí estoy, *los holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado, entonces dije: Ecce venio.*

La víctima aparece en el establo, revestida de ese cuerpo que un día deberá inmolar por nuestro amor. Se ofrece anticipadamente en los brazos de su Santísima Madre en la Presentación en el Templo, su primera oblación. Jesús entra en el Templo, no para hacer ver su majestad como Dios, sino para situarse en lugar de todas las víctimas

que van al sacrificio. No es, evidentemente el momento de su muerte, pero sí la acepta y se prepara para ella.

En su primera manifestación pública, Jesús es designado como el *Cordero que quita los pecados del mundo* (Jn. 1,29). He aquí, pues, la víctima que será sacrificada por los pecados del mundo. Jesús es presentado, de esta forma, al pueblo judío por su precursor, San Juan Bautista. ¡Qué verdad! Jesús es el Justo predicho por Isaías, la víctima universal, dócil y silenciosa como un cordero.

En sus conversaciones, Jesús vuelve con insistencia y complacencia al momento de su hora, de su muerte. *Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y padecer mucho... Pedro, tímándolo a parte, se puso a reprenderle diciendo: ¡Dios te libre, Señor! De ningún modo te ocurrirá esto. Pero él se volvió hacia Pedro y le dijo: ¡Apártate de mí, Satanás! Eres escándalo para mí, porque no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres* (Mt. 16,21-23). El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán, pero al tercer día resucitará (Mt. 17,22-23; Lc. 18.33).

Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad, os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo... Ahora mi alma está turbada; y ¿qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Pero para esto he venido a esta hora! ¡Padre, glorifica tu nombre!.. Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí (Jn. 12,23-32).

Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? Tengo que ser bautizado con un bautismo, y ¡qué ansias tengo que se lleve a cabo! (Lc. 12, 49-50). Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer... (Lc. 22,15).

Muchas de las oraciones de Jesús en los Evangelios tienen referencias a su sacerdocio o a su sacrificio. *En aquellos días salió al*

monte a orar y pasó toda la noche en oración a Dios (Lc. 6,12). Y subiendo al monte llamó a los que quiso, y fueron donde él estaba. Y constituyó a doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (Mc. 3, 13-14).

El milagro de la multiplicación de los panes (Jn. 12.11 y Mt. 14,19) es símbolo y preparación del misterio eucarístico. En la Transfiguración, Moisés y Elías, al lado de Jesús, hablaban de su muerte y de su sacrificio redentor, figurado en la ley y presente en los Profetas. *Hablaban de la salida de Jesús que iba a cumplirse en Jerusalén (Lc. 9,31).*

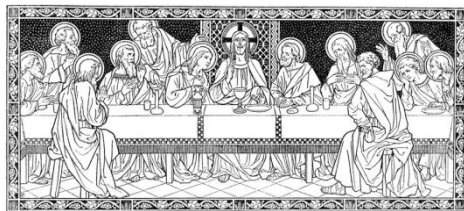
Todo el capítulo 17 de San Juan no es más que una oración sacerdotal. Jesús la pronuncia en alta voz, se dirige al Padre en un intenso diálogo en el que, como Sacerdote, le ofrece el sacrificio inminente de su pasión y muerte. *Elevó los ojos al cielo y dijo: Padre, ha llegado la hora.*

En fin, en el Huerto de los Olivos, en su agonía, Jesús, acepta por tres veces el cáliz: *Se postró en tierra mientras oraba diciendo: Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz; pero que no sea tal como yo quiero, sino como quieres tú... De nuevo se apartó, por segunda vez, y oro diciendo: Padre mío, si no es posible que esto pase sin que yo lo beba hágase tu voluntad... Y oró por tercera vez repitiendo las mismas palabras (Mt. 26,39-43).*

Fiat voluntas tua. Hágase tu voluntad. La oración suprema y última de nuestro Pontífice corresponde a su primera oblación, *Ecce venio*, aquí estoy para hacer tu voluntad. La última palabra de Jesús como la primera muestran el principio director de su vida: su sacerdocio y su sacrificio.

¡Que tu voluntad, Señor, se realice en mí, en mi cuerpo y en mi alma, hasta el cáliz amargo, hasta mi inmolación!

VENIT HORA. Llegó la hora.



Por fin llegó ese día. Jesús es entregado en manos de los pecadores. *Se acabó, llegó la hora. Mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores* (Mc. 14,41). Y como había amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin, y quiso perpetuar hasta la consumación de los siglos el testimonio visible de su amor. La noche que precedió a ese bendito día, instituye el sacrificio de la nueva ley en medio de sus apóstoles.

Toma en sus manos santas y venerables pan y vino, da gracias y dice estas memorables palabras, quizás más memorables que las que crearon el mundo: **Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.** (Lc. 22,19; 1Co. 11,24). **Esta es mi sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados.** (Mt. 26,28; Mc. 14,23; Luc. 22,20; I Co, 11,25).

Tales son las palabras de la consagración. Tomad y comed, tomad y bebed; parte el pan de la vida eterna y lo distribuye; presenta el cáliz de la salvación y lo da a beber a sus apóstoles. *Esta es la comunión en el sacrificio. Haced esto en memoria mía* (Lc. 22,19). Con estas palabras el mismo poder se transmite, el nuevo sacerdocio se funda, y después de estas maravillas, Jesucristo entona el himno de acción de gracias por tantos beneficios.

Estas palabras no pueden por menos que entenderse que el cuerpo y sangre de Nuestro Señor son realmente ofrecidos en sacrificio por nosotros bajo la apariencia de pan y de vino. En efecto, el cuerpo y la sangre violentamente separados, el cuerpo entregado por nosotros, la

sangre derramada por nosotros y por nuestros pecados, la sangre que rubrica la nueva Alianza.

LA MISA ES UN VERDADERO SACRIFICIO



La Misa es un verdadero sacrificio según la definición misma de sacrificio; es decir, que en la Misa hay ofrenda de una cosa exterior y sensible, el cuerpo y la sangre de Jesucristo bajo las especies del pan y del vino. La transubstanciación de estas especies tiene lugar en virtud de las palabras de la consagración, por las que la sustancia del pan y la del vino se transmutan, se transubstancian en el cuerpo y sangre de Jesucristo.

La oblación de la Misa se hace sólo a Dios, no se hace en ella memoria de la Santísima Virgen y de los santos, sino para que sean intercesores con Él. La oblación la hace el propio Jesucristo a través del sacerdote válidamente ordenado, que habla en Su nombre. Damos culto de adoración a Dios, presentándole la muerte de un Dios, Jesucristo. Unimos el culto de nuestro espíritu y el sacrificio de nuestro corazón a las adoraciones de un Dios sacerdote y a la muerte de un Dios víctima.

La Misa es un holocausto que rinde a Dios el culto perfecto de *adoración*, porque en la Misa adoramos a Dios, ofreciéndoles las adoraciones de un Dios; hacemos público su soberano dominio, presentándole la muerte de un Dios, uniendo el culto de nuestro espíritu y el sacrificio de nuestro corazón a las adoraciones de un Dios sacerdote y a la muerte de un Dios víctima.

La Misa es *acción de gracias*, Eucaristía, por la cual hacemos subir hasta Dios, no solamente los dones de su bondad, sino el mismo Jesucristo, Dios como Él, don que encierra todos los demás dones.

La Misa es sacrificio de *propiciación* por los pecados, que ofrecemos a Dios para satisfacer la justicia de Dios; la inmolación de un Dios que se ha dignado tomar sobre sí nuestras iniquidades y reunir nuestro demasiado tibio e insuficiente dolor a sus infinitas satisfacciones.

La Misa es un sacrificio de *impetración*, por el cual pedimos y obtenemos por Jesucristo, el único mediador por quien podemos tener acceso delante de Dios, todos los bienes necesarios a la salvación del alma y del cuerpo.

SACRIFICIO PROFETIZADO



MI. 1, 10-11: *No tengo ninguna complacencia en vosotros -dice el Señor de los ejércitos-, ni me agrada la oblación de vuestras manos. Pues desde donde sale el sol hasta el ocaso grande es mi nombre entre las naciones. En todo lugar es ofrecido incienso y una oblación pura en mi Nombre, porque mi Nombre es grande entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos.* Malaquías advierte a los sacerdotes que profanan el nombre del Señor cuando faltan a las leyes rituales establecidas por Moisés, y frente a la mezquindad de sus sacrificios, el profeta, anuncia un sacrificio universal, desde la salida del sol hasta el ocaso, y puro que será del verdadero agrado de Dios.

En esta profecía podemos ver:

1. *Dios desecha los antiguos sacrificios del pueblo de Israel*, pues ya no hay ni templo, ni altar, ni sacrificio digno que le dé verdadero gloria y le satisfaga.
2. *Los antiguos sacrificios quedan sustituidos por un sacrificio nuevo:* Jesucristo será la víctima propiciatoria ofrecida en sacrificio y la cruz su altar, la oblación pura y santa ofrecida en su nombre. ¿Dónde encontrar esta oblación pura y sencilla sino en la santa Misa? Los sacrificios paganos se ofrecen al demonio; los sacrificios del pueblo de Israel han cesado; los sacrificios interiores del espíritu y del corazón, que salen de las criaturas, no pueden ser considerados como puros y santos, además el texto indica un sacrificio exterior propiamente dicho.
3. La profecía indica que este sacrificio debe ser ofrecido *sin cesar y por toda la tierra*. Ahora bien, el sacrificio de la cruz no ha sido consumado sino en un solo lugar y una sola vez en el Calvario; luego si creemos en esta profecía, y debemos creerla, hay que reconocer que Dios ha profetizado por medio del profeta Malaquías una nueva ley, la santa Misa, el sacrificio puro de un Dios, Jesucristo, víctima ofrecida a la grandeza de su nombre - Dios- entre todos los pueblos.

SACRIFICIO ESTABLECIDO POR JESUCRISTO

Las palabras de la institución de la Eucaristía en el Cenáculo, han quedado como las esenciales de la santa Misa, su propia esencia. En estas palabras Jesucristo nos dejó su propio sacrificio que se consumaría poco después en el Calvario. Recordaremos dos imprescindibles verdades:

1. En la última Cena, Jesucristo *ha dado realmente a sus Apóstoles su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y vino*. Sus palabras son enérgicas y explícitas en su sencillez: *Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*. Es Dios el que habla, no hay figura, ni imagen, ni símbolo, todo es realidad. Las palabras del Señor deben tomarse en el sentido que le es propio y natural.

A las palabras de la institución añadiremos el sentimiento de Jesucristo que también tiene su valor. Nos dice San Juan 13, 1: *Jesús, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*. Y no es lógico preguntarse que este Dios que ama, ¿no habría dejado por recuerdo a sus amigos más que un poco de pan y de vino bendecidos, que serían para ellos una simple imagen de su cuerpo y de sangre? No, no puede ser. ¿Qué hizo que el Apóstol amado haya sacado del corazón de Jesús el secreto de su amor y la más admirable definición de su Divinidad; *Deus charitas est*: Dios es amor? Sólo puede ser la grandeza, la omnipotencia, el Amor infinito de un Dios capaz del prodigio de transubstanciar el pan y el vino en su propio cuerpo y en su propia sangre.

2. Jesucristo ha dado a sus apóstoles y a sus sucesores el poder de ofrecer el sacrificio que ha instituido en el Cenáculo, por estas claras palabras: *Haced esto en memoria mía*. Es decir, *haced estos que Yo he hecho aquí; he tomado pan y vino, tomad esas*

especies y esos símbolos de oblación; he bendecido, bendecid; he dado gracias, haced lo mismo; he partido el pan, partidlo también, he dicho: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, decidlo igualmente. Yo os lo he dado y vosotros lo habéis recibido; tomad y dad: *Haced esto en memoria mía*. Que sea en memoria mía y como recuerdo de la autoridad y del poder que confiero a la Iglesia, como recuerdo de mis dolores, de mi muerte, de mi alianza, que renovaréis realmente todas las veces que hicieréis estas cosas; y, además, haced esto, no por un tiempo, por los pocos años que habéis de transitar por la tierra.

Renovad así la ofrenda de mi Pasión y de mi muerte, de mi cuerpo inmolado y de mi sangre derramada, hasta que yo venga a juzgar a los vivos y a los muertos. Esta palabra se dirige, y este poder pasa a vuestros sucesores, herederos del mismo sacerdocio. Y *Yo estoy con vosotros*, no solamente enseñando, bautizando, gobernando la Iglesia, sino también ofreciendo y consagrando con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos.

EL SACRIFICIO DEL CALVARIO Y EL SACRIFICIO DE LA MISA



En la santa Misa se renueva y se continúa el *sacrificio de la cruz; no hay más diferencia que el modo de ofrecerlo*. Fue sangriento en el Calvario e incruento en el altar; *es la misma víctima, el mismo sacerdote: Jesucristo*. El sacerdote en el altar representa a Jesucristo, no habla sino en su nombre: *Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre*, etc. Es la misma inmolación en la cruz y en el altar. Jesucristo se ofrece en la cruz, Jesucristo es ofrecido en el altar. Esta ofrenda diferente no multiplica los sacrificios, pues aun cuando se ofrecen millares de Misas desde la salida del sol hasta el ocaso, no hay en la Iglesia más que un solo e idéntico sacrificio, que es el sacrificio de la cruz, continuado y representado en cada Misa.

Jesucristo, la ofrenda que se ofrece en cada Misa, está glorioso en el cielo como el verdadero Pontífice, el Santo de los Santos, para consumir el Sacrificio de la Cruz ofreciendo eternamente al Padre, como hostia perfecta, las adoraciones de su humanidad santa y las de los bienaventurados, su cuerpo místico, en este estado de resurrección y de gloria, que es la confirmación y la consecuencia de la eficacia del sacrificio, vencedor del pecado y de la muerte. Leemos en la carta a los Hebreos, 10, 13-14: *él ofreció un solo sacrificio por los pecados y se sentó para siempre a la diestra de Dios, y sólo le queda esperar que sus enemigos le sean puestos como estrado de sus pies, porque con una sola oblación hizo perfectos para siempre a los que son santificados*. Así pues, la resurrección de los santos y su glorificación eterna proclama eternamente la eficacia del Sacrificio de la Cruz.

UNIDAD DEL SACRIFICIO

Jesús ofreció en la Cena su muerte *futura*; en el Calvario su muerte *presente*; en la Misa y en el cielo su muerte *pasada*, por un mismo acto de voluntad. Su oblación se multiplica por actos distintos, pero la inmolación es una y el sacrificio único. Porque Jesucristo, Dios salvador, no ha muerto más que una vez y ya no muere más, ni la muerte tendrá dominio sobre Él después de la victoria que ha alcanzado

sobre ella. *Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere más. La muerte ya no tiene dominio sobre Él. Porque lo que murió, murió para siempre al pecado; pero lo que vive, vive para Dios* (Rom. 6, 9-10).

¡Admirable unidad del sacrificio de la Iglesia! El Cordero ha sido inmolado desde el origen del mundo. Las generaciones que han precedido a su venida lo han ofrecido por los deseos y por la fe. Y después de la consumación del sacrificio, todas las naciones de la tierra pasan ante este mismo altar ofreciendo en realidad al mismo Jesucristo inmolado, al mismo Dios del Calvario con su cuerpo que ofrece, con su sangre que vierte sin cesar por la remisión de los pecados.

Luego la Misa es realmente, bajo el aspecto del sacerdote, de la víctima de la inmolación, el mismo sacrificio que el de la cruz. Es cierto, también, que su valor es infinito en cuanto a Jesucristo que lo ofrece, aun cuando sea finito en cuanto al sacerdote que lo representa y en cuanto a la aplicación que el Señor nos hace de los méritos de su Hijo, en proporción de nuestra fe, de nuestra penitencia y de nuestro fervor.

NUESTRO SENTIMIENTO AL OIR LA SANTA MISA

¡Qué profundo respeto, qué viva confianza, qué plenitud de fe y amor no debe inspirar el que la Misa sea el mismo sacrificio de la cruz! Si hubiésemos asistido a la inmolación del Calvario, ¿cuáles hubieran sido nuestros sentimientos? Nos abríamos unido fuertemente a Jesucristo, hubiésemos recogido con afán cada gota de su sangre, cada suspiro de su corazón, cada palabra de su boca; habríamos dicho mil veces con fervor: *Acuérdate de mí, Señor: Mememento mei, Domine* (Lc. 23,48). Nos hubiesen visto, al dejar este adorable espectáculo, golpearnos el pecho de dolor y de arrepentimiento, repetir con la viveza de la fe y del agradecimiento: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios. Vere Filius Dei erat iste* (Mt. 27,54), y querer ayudar a preparar los aromas, a disponer del sepulcro del Dios víctima, sobre todo a desear que nuestro corazón le sirviese de sepulcro; tales son los sentimientos que debemos tener al oír Misa.

EL SACRIFICIO SE HA ESTABLECIDO PARA HONRAR A DIOS



El sacrificio ha sido establecido para honrar a Dios; a esto deberían tender todos nuestros esfuerzos cuando asistimos a la Misa; pero parece increíble, hasta en los sacrificios ordenados para su gloria, Dios ha considerado menos su interés que el nuestro. En efecto, los frutos que nosotros sacamos de la Misa se hacen sentir en el *cielo*, en la *tierra* y en el *purgatorio*.

1. *En el cielo*.- La gloria de la Santísima Trinidad, la alegría de los ángeles y de los santos aumenta.

2. *En la tierra.*- Los justos y los pecadores reciben gracias de salvación, una protección, un socorro especial en los diferentes estados de vida. Sobre todo su principal efecto es obtener la contrición de los pecados; porque Jesucristo, al instituir este misterio, ha dicho expresamente: *Este cáliz contiene mi sangre, que será derramada para la remisión de los pecados* (Mt. 26,28).
3. *En el purgatorio.*- La enseñanza de la Iglesia con respecto a las Misas ofrecidas para los difuntos, es que las almas que padecen son ayudadas y socorridas más poderosamente por esta ofrenda que por cualquier otro medio; pero en cuanto a alcanzar su libertad, esto depende de la medida de la voluntad de Dios y de las satisfacciones que aún deben a su justicia esas almas que gimen lejos de Él. Por lo cual, aun cuando el sacrificio sea infinito en su valor, se multiplica su ofrenda tanto para los difuntos como para los vivos.

Tal vez uno se podrá decir: yo asisto a menudo a la Misa todos los días, pero no saco de ella ningún fruto. ¿Cómo creer que Jesucristo, inmoldándose por nosotros, pueda negarnos el socorro que solicitamos de su bondad? Es de temer, ciertamente, que nos falten las disposiciones que espera de nosotros: modestia, respeto exterior, consideración atenta a este misterio de expiación y de amor; actos conformes a las cuatro intenciones de la oblación: adoración, acción de gracias, reparación e impetración.

El medio de hacer que nuestra oración sea más fervorosa es considerar las relaciones que existen entre este divino sacrificio y el del Calvario, unirse al sacrificio de la Cena, contemplar a Cristo en el Cenáculo y en el Gólgota, meditar sus palabras desde la Cruz. La mejor de las disposiciones para asistir a la Misa es, sin duda, una vida fiel y fervorosa; pero el que encuentra aún la enemistad de Dios, no debe alejarse de los altares, puesto que allí es donde encontrará las gracias poderosas que le ayudarán a reconciliarse con el Señor.

EPÍLOGO

Medita, por último, este grandísimo don en el silencio de tu corazón. Asómbrate del misterio de nuestra fe. ¿Te das cuenta que yo no te asombras cuando asistes a la Santa Misa? ¿Has pensado que ante tus “ojos” Cristo renueva su Pasión? Por esta razón proclamamos. “Este es el misterio de nuestra fe”. Misterio tremendo que nos pide por nuestra parte toda la devoción, atención, modestia, y compunción de nuestros pecados, posible. Cuánta dosis de santo temor y santo temblor habría que haber en nosotros ante tan grande misterio de amor, ante un Dios tan omnipotente, que tan increíblemente cercano se ha hecho. Y todo para nuestra santificación, para que de forma ferviente renunciemos al pecado y a todo lo que no sea del grado de tan gran Dios.

Cristo nos ha redimido con su preciosísima sangre. No olvides su Pasión. Sus palabras en el Calvario deberían resonar en nuestros oídos en cada Santa Misa. En cada Misa vuelve a repetirlas, y ahora estamos nosotros presentes. ¿Nos burlaremos como los judíos incrédulos o los verdugos soldados? ¿Estaremos indiferentes en la Santa Misa? Pues, puede ocurrir que podamos ser más crueles que aquellos verdugos. Podría ser que ocurriera. Pues tenemos el conocimiento que aquellos no tuvieron, una fe que debería hacernos vibrar de emoción y dolor, pero ¿cuántas traiciones al Crucificado en tantas Misas?

Acoge el don de Dios, pide al Señor que aumente tu fe para que vivas cada Santa Misa como un reflejo de la gloria celestial, de la gloria que Dios recibe de los coros angélicos y de las almas santas. Que cada Misa sea para ti la gloria del Cielo en la tierra.